—¡Ah!, señorito—exclamó entre sollozos—, si usted fuese más inteligente no hubiera hecho tal cosa.

Justina tenía razón; yo no hubiera hecho tal cosa si hubiese sido más inteligente.

II

LOS INFORTUNIOS DE LA HIJA DE LOS TROGLODITAS

Dejé de advertir en Justina el destructivo ardor que la impulsaba en los primeros tiempos de su domesticidad contra la vajilla confiada a su cuidado y los bronces que regalaban al doctor Nozière los enfermos curados y agradecidos. Ya no resonaban a todas horas en la cocina el estrépito de los platos caídos y las frenéticas exclamaciones de la muchacha que se cortaba las yemas de los dedos al picar la carne cocida. Los incendios de la chimenea y las inundaciones del fregadero eran menos frecuentes; los quinqués ya no caían al suelo por su gusto sin que nadie los tocara; y si mi padre insistía en suponer a la muchacha fecunda en catástrofes, si denunciaba con tenacidad el genio destructor de aquella humilde criatura y la acusaba de turbar continuamente el sosiego imprescindible para un hombre estudioso, esto procedía de la incapacidad que impide a la mayor parte de los hombres reformar sus juicios con experiencias nuevas; y se atenía por esta razón a sus opiniones arraigadas y a las ideas preconcebidas. Mi madre,

más justa y más observadora, reconocía que al caos de los primeros tiempos sucedieron en aquella inteligencia servil los rudimentos del orden y algún atisbo de armonía.

Justina se había reconciliado con el Espartaco de bronce. Ya no le golpeaba con el mango del plumero desplumado, y el héroe no la amenazaba ya con aplastarla bajo su peso; pero ella seguía obstinada en no creer que se llamase Espartaco. Fueron inútiles mis esfuerzos para probárselo con la Historia y el Diccionario, atenido a la pedantería necia y ruin de un humanista de trece años. Ella sonrió siempre a mis demostraciones y me dijo invariablemente:

—No y no, señorito; no se llama como supone usted. ¡Ah! Estoy segura.

—¿Por qué?

—No pienso decírselo. ¡Qué más quisiera usted!

—Pero, Justina: ¿cuál es su nombre, si no se llama Espartaco?

—No se llama de ninguna manera. Es usted quien le ha dado a ese muñeco un nombre indecente.

—Has de saber, Justina, que Espartaco a la cabeza de una tropa de esclavos desafió a cuatro ejércitos pretorianos y a tres ejércitos consulares, hasta que por fin el Senado envió contra él las legiones de Craso y de Pompeyo, y obligado a entrar en batalla, mató su caballo...

Justina me interrumpió:

—He de ir a remover las lentejas que tengo a la lumbre, porque no hay nada más propenso a pegarse que las lentejas.

La retuve por el delantal:

—Justina: esta estatua de Espartaco es la obra maestra de Foyatier, un amigo de papá, que ahora es muy viejo. En su infancia era pastor, y mientras guardaba sus rebaños esculpía con su navajita figuritas de animales.

—Lo mismo que mi hermano Sinforoso—advirtió Justina—. No era tan alto como una gavilla, y mientras llevaba las bestias a pastar hacía cepos y otras artimañas para coger pájaros. Fué siempre muy listo. Pero con estas cosas no voy a remover las lentejas.

Corrió hacia la cocina, de donde salía hedor a quemado.

Aquel *Espartaco* del amable Foyatier, cuyo original estuvo en el jardín de las Tullerías desde donde amenazaba al palacio con sus miradas iracundas y sus puños terribles: me disgusta porque me harté de verlo en casa de mis padres, y es una obra insípida. El señor Menage lo calificaba de «Hombre de redaños». Mi padre lo tuvo entre sus predilecciones; pero, en confianza, no creo que lo hubiera contemplado nunca detenidamente. Sólo se fijaba en los objetos de su profesión, y en los espectáculos de la Naturaleza cuando se ofrecen risueños o sublimes. En el Espartaco de su querido Foyatier sólo admiraba la idea, el símbolo. Veía en

aquella figura el libertador de los oprimidos, misión agradable a sus ojos porque amaba la Justicia y detestaba a los tiranos.

—Si yo fuese republicano, podría concienzudamente admitir la opresión en aras de un principio fundamental o de un interés superior; pero soy realista, y la primera razón de ser de un rey, hasta podría decirse la única razón, consiste en garantir la libertad de los pueblos. Una realeza opresiva es un contrasentido.

A lo cual mi padrino respondía:

—Por desgracia el soberano suele privar al pueblo de las libertades necesarias, para garantirle las demás.

—Esto sucede cuando el pueblo es soberano.

—¿Es necesario que un hombre posea nuestro bien, para conservarlo, y no podemos conservarlo nosotros mismos?

—Al poseerlo todo, el rey, que no pasa de ser un hombre, solamente lo posee de una manera ficticia, y el pueblo goza de todo. Por el contrario, en una democracia los partidos que gobiernan y forman una multitud poseen efectivamente el bien general y logran que el pueblo no goce de nada.

—La libertad es el más precioso de los bienes.

—A condición de perderla. Enajenamos nuestra libertad cada vez que hacemos uso de ella.

—Un republicano jamás enajena el principio. Esa es la diferencia.

Así aquellos dos hombres bondadosos, nacidos a

raíz de la tormenta que trastornó la sociedad hasta sus cimientos, disputaban sin persuadirse jamás y sin advertir nunca la evidente inutilidad de sus frases. Como buenos franceses les apasionaba la elocuencia.

Justina tenía ya novio, y le quería. Yo lo comprendí. ¿Por qué? ¿Acaso por la impaciente ansiedad con que aguardaba al cartero? ¿Acaso por el contento que brillaba en sus ojos y embellecía su rostro al recibir una carta, y en la manera de guardársela en el pecho? ¿En la irradiación de todo su ser? ¿En su extraño y tornadizo humor? ¿En el brusco estremecimiento de sus alegrías turbadas con frecuencia por dulces lágrimas? Yo no podría asegurarlo, pero a mis ojos todo revelaba en ella su amante sentimiento.

De pronto se puso triste, perdió sus colores. Se cercaron de negro sus ojos. Enflaqueció. No era posible arrancarle una palabra, como si sus labios apretados y descoloridos detuvieran al pasar los lamentos y los reproches.

Durante las veladas extendía sobre la mesa de la cocina los naipes de una baraja grasienta, los consultaba como oráculos y luego los revolvía colérica.

Insensiblemente cayó en un abatimiento profundo. Ya no contemplaba sus cacerolas; llegó a olvidarse de beber y de comer. Sus movimientos eran pausados y fatigosos; no dejaba de romper algunos platos, pero no lo hacía ya con aquella especie de

furor salvaje, sino por languidez o postración que paralizaba sus brazos y privaba de fuerza a sus dedos. No me cabía duda; aquellos dolores eran producidos por el amor, y el novio la había abandonado. En la tienda de la señora Letort yo había visto un grabado que se titulaba «La abandonada», donde aparecía una hermosa mujer con traje de terciopelo negro, sentada sobre un banco de piedra en un bosque deshojado por el otoño. Justina en la cocina, inmóvil sobre una silla de anea, tenía cierto parecido con «La abandonada», aun cuando fuese mucho menos hermosa. La misma expresión de dolor y tristeza; iguales miradas perdidas en el espacio; el mismo abatimiento en los brazos que caen inertes sobre las rodillas. Su estado me inspiraba profundo interés, y seguro de la causa de sus penas, yo deseaba que me las confiase y me permitiese consolarla; pero yo sabía muy bien que no me las confiaría nunca, no sólo porque resulta difícil hablar de tales cosas a un mozalbete, sino porque Justina me creía incapaz de comprender nada. Su opinión acerca de mí era invariable. Yo la compadecía en silencio.

Una mañana estuvo mucho tiempo, más de una hora, sola con mi madre, en el gabinete de los capullos de rosa. La vi salir con lágrimas en los ojos, pero reconfortada en apariencia, y deduje que había confesado sus penas a su señora, de la cual seguramente recibió consuelos. Sin preocuparme de parecer indiscreto, dije a mi madre:

—Justina ha sido abandonada por su novio; esto es muy triste.

Mi madre me miró sorprendida.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No, mamá; pero yo lo sé.

Y entonces la dije de qué modo había sorprendido con ingeniosas observaciones el secreto de Justina, y que lo había callado hasta entonces por discreción.

—Es muy conveniente ser discreto—me advirtió mi querida mamá—; pero fuera mayor discreción en ti no proponerte sorprender intimidades que no se relacionan en modo alguno contigo.

Me hablaba con severidad, pero me pareció que a pesar de todo la satisfacía mi perspicacia.